

PSICOLOGÍA Y GUERRA

“TACTO PSICOLÓGICO”, DON DE ESTADISTAS O GUERREROS

La Psicología del Masón de Élite,
Incomprensible Para los Profanos

Sólo se Ligan a la Logia y son
Ajenos a Patria y Religión

**Su Finalidad:
la República Universal**

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

Salvador Borrego E.

PRÓLOGO

Es incalculable el poder de trascendencia de las fuerzas psico-lógicas.
En este libro se alude a ellas, en relación con la guerra, la política
y las ideologías.

¿Qué han pensado —o cómo han pensado— importantes diri-gentes
de pueblos y ejércitos?

Desfilan aquí forjadores de historia como Churchill, Roosevelt, Stalin,
Daladier, Sikorski, De Gaulle, Tojo, Hitler, Goebbels, Mussolini,
Chiang Kai Shek, etc.

¿Cómo se originaron grandes aciertos y tremendos errores?

¿Qué hay del “tacto psicológico” de los grandes conductores de
hombres? Sus aciertos resplandecen triunfantes, en tanto que sus
equivocaciones suelen dañar a millones y millones de súbditos.

En este libro se abordan pasajes históricos desde un ángulo antes no
investigado, y a la vez se da un panorama de la situación actual.

Lic. Javier Martínez M.

Capítulo I

Tacto Psicológico

¿QUÉ HAY A
NUESTRO ALREDEDOR?

El sentido del tacto es esencial para la supervivencia de todo ser viviente. Y el sentido del “tacto psicológico” es vital en el ser humano; tanto más necesario cuanto más compleja sea la actividad a la que se dedique.

El tacto político es —en el fondo— tacto psicológico. Sin él, no hay político que pueda sostenerse.

La estrategia es, en su base, tacto psicológico de los propios recursos y de los del adversario. ¿Qué punto es el más expuesto en mi frente de combate?... ¿Cuál es el sector donde puedo atacar con más posibilidades de triunfo y cómo reaccionará el enemigo?... En cierto modo es “tocar el futuro”.

Ahora bien, la dificultad principal estriba en que el tacto psicológico no se adquiere en ninguna universidad. Se tiene al nacer o no se tiene. Se tiene en pequeña o en mayor escala. Es un don, aunque ciertamente cultivable con el estudio.

El tacto psicológico es la facultad de una alma para tocar —si es permitido decirlo así— a otra alma, aunque sea por alguna o algunas de sus fases.

Sin embargo, resulta que el alma es la gran desconocida. Viene de un arcano metafísico que escapa a todo intento de análisis científico. En esto reside la máxima limitación para una psicología viva, actuante, previsor. Esto es muy distinto a cierta especie de autopsia psicológica que trata de explicar los actos psicológicos una vez que ya se han producido.

La acción se presta a análisis únicamente porque ya es voluntad materializada; cuando ya no es posible regresarla íntegramente a las profundidades de donde emergió y cuando ya no es posible prever o conjurar muchos de sus efectos.

Antes de que el alma tome una resolución, sus potencialidades están cubiertas por el silencio y la oscuridad. Y esto es así porque el alma no se integra con ninguno de los elementos conocidos por la química. Consecuentemente, presenta un grado sumo de inasequibilidad.

Es indiscutible que las diversas corrientes de la llamada ciencia psicológica se dirigen hacia los actos, hacia el exterior de las almas. Se han hecho múltiples clasificaciones de fobias, de manías, de complejos, de temperamentos, etc. El freudismo investiga en el pasado de las personas, en sus recuerdos, en las relaciones de sus ideas y lo hace con una gran dosis de pan-sexualismo.

Los “test” son mediciones de aptitudes —en gran parte físicas— que sólo hablan de lo externo, de lo medible una vez que la persona ha respondido a diversos estímulos.

La psicología —si se le entiende como una ciencia para conocer el alma— es casi imposible. Hay un punto —dice Oswald Spengler— en que “el más severo analítico cesa de aplicar su análisis... La estructura del alma es científicamente ininvestigable”.

Todo esto es claro si se considera que la geología se ejerce sobre diversas capas terrestres con claras diferencias entre sí. La química tiene su vasto campo de investigación tangible en multitud de sustancias. La astronomía dispone de trillones de cuerpos celestes. En cambio, la psicología —en el estricto significado de estudio del alma— se dirige hacia lo inaprehensible, lo enigmático, lo desconocido.

El mismo Spengler precisa: “Sólo lo sistemático es analizable... Sólo los conceptos son definibles por otros conceptos... Sería más fácil diseccionar un tema musical de Beethoven con el bisturí o disolverlo en un ácido que analizar el alma con los medios del pensamiento abstracto. Es absurda la pretensión de fijar una ciencia exacta del alma, arcano eterno”.

Sin embargo, el hombre no carece totalmente de “tacto psicológico”,

en mayor o menor grado. La dificultad para acertar en su análisis respecto al prójimo consiste en que cada prójimo es diferente.

Captar la psicología de otro ser es descubrir, intuitiva-mente, la dirección que lleva su alma y hacia qué objetivo se encamina. Este es el verdadero tacto psicológico. Los más penetrantes conocedores de hombres poseen la facultad de lograr, a veces, notables aciertos, aunque siempre están expuestos a caer en graves errores. Así de difícil es el arte —más que ciencia— de descubrir o percibir destellos del alma ajena.

Analizar acciones humanas, una vez consumadas, equivaldría a realizar autopsia de actos. En cambio, prever tales acciones es propio del don del tacto psicológico.

Los estadistas y los estrategos precisan de un alto grado de ese don. En ellos se plantea angustiosamente la necesidad de descifrar la psicología de las multitudes, en general, y la de sus adversarios o aliados, en particular.

El “conductismo”, puesto en boga por John Watson en la década de los años treinta, afirma que dado el estímulo se obtiene la respuesta, y esto se ha utilizado en mercadotecnia para inclinar al comprador hacia determinado producto. Pero eso es inoperante en la enemistad entre estadistas o en la lucha armada entre estrategos.

Muchas escuelas de psicología han venido pasando de moda al no comprobarse sus virtudes. De todas maneras, hay especialistas para la elección de personal y la asignación de puestos; para el área educativa y las dificultades de aprendizaje; para el asesoramiento en problemas matrimoniales; para el tratamiento de enfermedades psicosomáticas, etc.

En cuanto a problemas más vastos, ahora se admite que cabe formular hipótesis y que éstas pueden proceder de intuiciones o de “observaciones no controladas”.

De todo eso resulta que para el estadista, el estratega o los jefes de grandes empresas —donde el error o el acierto afecta a miles o millones de seres— no hay manuales ni reglas de psicología. Ellos han de atenerse a la intuición, o sea, ¡al misterio de un enigma!...

ERRORES QUE AFECTAN A PUEBLOS ENTEROS

Es común que un hombre se equivoque al juzgar a otro, y que las consecuencias de su error queden circunscritas a sus propios intereses. En cambio, la falla del tacto psicológico en un estadista o en un guerrero afecta a todo su pueblo.

Durante la segunda guerra mundial se dieron experiencias amplificadamente ilustrativas, dado que se estaban jugando intereses universales con vastas repercusiones hacia el futuro.

Algunos de esos casos se pueden sintetizar de la siguiente manera:

EDUARDO DALADIER, jefe del gobierno francés y del Ministerio de la Defensa en 1940. Desde 1938 había captado que entre sus potenciales aliados y posibles enemigos había algo confuso que no permitía aceptar como acertado el camino de la guerra. Sin embargo, a rastras, presionado desde el interior y el exterior, entró en el conflicto cuatro horas después de que Inglaterra lo había hecho.

Pese a eso, siguió percibiendo —“psicología de las multitudes”— que el pueblo francés no estaba dispuesto a combatir para que Polonia se resistiera a la construcción de una ferrovía alemana a través del “corredor polaco”.

Daladier mantuvo a sus ejércitos a la expectativa porque presintió que nada bueno traería la guerra para el Imperio Francés, tanto así, que fue substituido por Paul Reynaud, más dispuesto a dirigir la contienda. Poco después la tremenda derrota probó que Daladier había evaluado mejor el futuro de Francia.

CHARLES DE GAULLE, general francés.- Al ser vencida Francia, en 1940, De Gaulle formó en Londres un gobierno en el exilio, apoyado por Churchill. Cuando éste ordenó cañonear a mansalva a la flota francesa, De Gaulle guardó silencio. Más tarde combatió contra franceses en Dakar. En 1944 regresó a Francia, tras los ejércitos aliados, y permitió la matanza de más de cien mil franceses acusados de “colaboracionismo”. En 1958, ya como presidente de Francia, ayudó en Argelia a disolver el Imperio francés, cosa que ni Alemania había pretendido.

Paradójicamente, su celo contra Alemania no se tradujo en ganar ningún combate contra alemanes, sino contra franceses y contra el Imperio de Francia. Por impensados caminos, sus iniciales móviles psicológicos sólo alcanzaron metas opuestas a los intereses de Francia. Parece que sólo buscaba el poder.

LADISLAO SIKORSKI, general polaco.- Combatió contra los alemanes, confiando en el prometido apoyo de Inglaterra y Francia, que las logias masónicas y la prensa hebrea polaca daban como absolutamente seguro. Pero el apoyo no llegó y Polonia fue vencida en tres semanas. Alemania ocupó medio país y Stalin la otra mitad.

El general Sikorski se fue a Londres y encabezó un gobierno polaco en el exilio. Allí formalizó su alianza con Churchill y Stalin, que le infundían confianza.

Tiempo después Sikorski se enteró de que 15,000 oficiales e intelectuales polacos, desaparecidos en territorio de la URSS, habían aparecido muertos —con un tiro en la nuca— en grandes fosas colectivas de los bosques de Katyn.

Perplejo ante el proceder de su aliado Stalin, Sikorski rompió relaciones con él y acudió a su aliado Churchill en demanda de apoyo para los demás polacos que se hallaban en poder de la URSS. Y más perplejo se quedó Sikorski al escuchar que Churchill lamentaba lo ocurrido. Pero —decía— no era momento de molestar a Stalin con reclamaciones.

Tremenda frustración la de Sikorski al comprobar cuán lejos había estado de conocer a sus aliados. Y no conforme con la excusa de Churchill, Sikorski pretendió —según parece— gestionar el retiro del apoyo polaco a los aliados, pero murió en un accidente aéreo, tal vez premeditado. Su tacto psicológico había fallado en todos sus juicios decisivos.

BOR KOMOROWSKI, general polaco.- Al ser derrotados los ejércitos polacos, Komorowski no se fue al extranjero; se dedicó día y noche a formar un ejército secreto, disperso en bosques y montañas, aprovechando depósitos de armas no capturados por los alemanes.

Dirigió miles de golpes de sorpresa y actos de sabotaje hostigando a las tropas alemanas que marchaban con-tra la URSS. Llegó a tener 380,000 hombres bajo sus órdenes, que frecuentemente operaban en combinación con grupos judíos de resistencia.

Esa lucha del general Komorowski —precisamente en la retaguardia de las tropas alemanas que luchaban en la URSS— fue de gran utilidad para Stalin, y en general para Churchill y Roosevelt, que combatían como aliados del propio Stalin.

Después de 4 años de lucha, en 1944, los soviéticos habían recuperado ya grandes territorios y se hallaban muy cerca de Varsovia, la capital polaca. Entonces Stalin le pidió a Komorowski ('Bor') que hiciera un supremo esfuerzo y atacara a los alemanes en Varsovia. Naturalmente se trabó una enconada lucha, pues los alemanes se vieron acosados por los soviéticos en el oriente, y por los polacos en su retaguardia. Después de dos semanas de sangrientos combates —sin que los soviéticos lanzaran su anunciada ofensiva de auxilio—, los guerrilleros de Komorowski fueron vencidos y éste capturado.

Tan solo en esta batalla Komorowski había sacrificado más de veinte mil polacos y su lucha había dado lugar a que Varsovia sufriera grandes destrozos durante los combates callejeros. Semanas después de terminada la lucha en Varsovia, llegaron las tropas de Stalin. Entre otras cosas, se dedicaron a eliminar a los grupos polacos de resistencia. La "resistencia" contra los alemanes había sido bien vista por Stalin, pero ¿para qué quería esa clase de gente decidida cuando ya Polonia se hallaba bajo la dominación soviética?...

Entonces empezó el general Komorowski a percibir lo equivocado de sus cálculos. Sabía —según dijo— que Stalin usaba de malas artes (la matanza de 15,000 polacos en los bosques de Katyn así lo había revelado tres años antes). Pero creía —según agregó— que Stalin cambiaría de conducta mediante "los buenos oficios de Churchill y de Roosevelt". Sin embargo, esos "buenos oficios" no se produjeron. Y algo peor ocurrió días después. Komorowski mismo refiere que en el campamento de prisioneros, en Alemania, "me trataban, he de admitirlo, como a un general... Recibimos luego el golpe más fuerte... no de nuestros enemigos (alemanes), sino de aquellos a

quienes considerábamos nuestros mejores amigos. Este golpe fue la conclusión del Tratado de Yalta... Polonia era entregada a la URSS como miembro servil del Kremlin. Lo menos comprensible era que los aliados hubieran dividido y condenado a la esclavitud a su más fiel y viejo aliado... Pisotearon todos los principios".⁽¹⁾

Al igual que otros muchos compañeros suyos, Komorowski había fallado como político y como estratega. De quien creía su peor enemigo, recibía trato digno, y de sus amigos y aliados sólo engaño y traición.

En el origen de todo fracaso de un estadista o de un estratega se encuentra un error psicológico. No poder tocar, aquilatar, evaluar, el alma del presunto aliado, o del presunto enemigo, condujo a generales polacos a equivocaciones fatales.

Sorpresas no menos dolorosas sufrieron el Rey Leopoldo de Bélgica y la reina Guillermina de Holanda, que se alinearon con la Gran Bretaña en la lucha contra Alemania, y al terminar la guerra fueron despojados de todas sus posesiones en Asia y en África. En ambos casos una absoluta neutralidad hubiera sido preferible. De ninguna manera habrían evitado la pérdida de sus colonias, pero sí ahorrado miles de vidas de sus súbditos.

¿No fue un error —en su origen psicológico— que el rey Leopoldo y la reina Guillermina hubieran puesto su total confianza en la palabra amistosa y convincente de Churchill?

Algo peor le ocurrió al General yugoslavo Draja Mihailovich, quien confiando en Churchill y Roosevelt hizo encarnizada guerra de guerrillas contra 150,000 soldados alemanes, durante 3 años. Al terminar la guerra fue capturado por el guerrillero "Tito" —preferido de Stalin— y lo mandó ahorcar, sin que Churchill y Roosevelt hicieran nada por él.

CHIANG KAI SHEK, generalísimo. Jefe político y militar de China.

⁽¹⁾ *Historia de un Ejército Secreto.* - Gral. Komorowski.

Combatió contra Japón al lado de las potencias aliadas. Roosevelt, Churchill y Stalin lo acogieron en su alianza como “uno de los cuatro grandes”. Su país no era una potencia industrial, pero tenía ochocientos millones de habitantes y era una potencia demográfica que inmovilizaba a grandes contingentes de Japón.

Evidentemente Chiang no pudo descifrar a tiempo la psicología de sus poderosos aliados. Tan pronto como se perfiló la derrota de Japón, en 1944, Chiang se vio abandonado. Ya no hubo para él ni armas ni créditos. Su aliado Stalin ayudó a Mao Tse Tung, enemigo mortal de Chiang. Y sus otros dos aliados (Estados Unidos y Gran Bretaña) le volvieron la espalda. Chiang tenía el grave “defecto” de ser nacionalista, opuesto al comunismo, y se le desprestigió internacionalmente como “corrupto”. Acosado por Mao Tse Tung tuvo que refugiarse en la Isla de Formosa, y aun allí se le impidió que tratara de regresar a China, donde nacía una fuerte aversión hacia la dictadura comunista de Mao por sus masivas matanzas.

El cálculo psicológico de Chiang había fallado al juzgar a sus poderosos aliados.

HIDEKI TOJO, general y primer ministro de Japón en 1940. En la vida práctica regía la política internacional de su país, por encima del emperador Hirohito. En ese año Japón había suscrito un pacto anticomunista con Alemania e Italia. ¿Qué fue lo que lo inclinó, al año siguiente, a no seguir ese pacto, precisamente cuando podía derrotar a la URSS en Siberia, mientras los soviéticos se debatían en Moscú, heridos de muerte por Alemania?... ¿Y qué fue lo que decidió a Tojo a lanzarse a la guerra contra Estados Unidos en diciembre de 1941, precisamente contra una potencia que se hallaba intacta?

El cálculo psicológico de Tojo falló a tal grado que pensó posible derrotar a Estados Unidos... Aun suponiendo que el sorpresivo ataque a Pearl Harbor le diera cierta ventaja temporal en el mar, un análisis de tonelaje de barcos, de número de aviones, de soldados, de tanques, de materias primas, de tecnología, evidenciaban la inferioridad muy considerable de Japón.

¿Creyó Tojo que ya había detectado el alma del pueblo

norteamericano y que podría doblarlo con el valor estoico del japonés?...

Fue un error eminentemente psicológico. Tojo condujo a su pueblo a la derrota, hubiera o no atómicas de por medio. Y seguramente percibió la enormidad de su error demasiado tarde, antes de subir a la horca el 22 de diciembre de 1948. Habría sido muy valioso para la Historia que Tojo hubiera escrito la serie de juicios y evaluaciones que hizo antes de lanzarse a su des-cabellada aventura.

En este caso no puede decirse que Tojo hubiera errado por estrecho margen, como suele ocurrir en otras guerras perdidas que dependieron de imponderables variantes. La falla psicológica de Tojo malinterpretó hasta los más elementales factores militares. De su guerra sí puede decirse, con seguridad, que estaba perdida desde el primer disparo.

CHURCHILL OBTUVO LO Entre los grandes conduc-
OPUESTO A LO QUE DECÍA tores de la Segunda Guerra Mundial,
Winston Spencer Churchill era el de más experiencia política. En
la primera guerra fue Primer Lord del Almirantazgo británico, y
sucesivamente, comandante de un regimiento, ministro de municiones,
secretario de guerra, ministro del aire, miembro de la Cámara de los
Comunes, canciller del Tesoro y a continuación rector de la Universidad
de Edinburgo.

Al iniciarse la guerra entre Alemania y Polonia, en 1939, Churchill regresó como primer lord del Almirantazgo y decididamente se opuso en varias ocasiones a los intentos de paz realizados por Hitler. En 1940, al ser derrotada Francia, Hitler detuvo a sus divisiones blindadas para que las fuerzas expedicionarias británicas regresaran a Inglaterra. No quería que se enconaran más los ánimos y pensaba que —vencidos los ejércitos franceses— Churchill accedería a sus nuevos llamados de paz. Pero no fue así.

Desde 1924 Hitler había escrito en “Mi Lucha” que deseaba una alianza con el Imperio Británico y que su meta era abatir al marxismo y ganar territorio a costa de la URSS. Sin embargo — y así lo consigna en sus “Memorias”—, Churchill dijo que jamás le daría manos libres a Alemania respecto a la Europa oriental.

Churchill libró la guerra con particular encono. Rompió la tradición

de que las fuerzas armadas van contra fuerzas armadas enemigas, y dirigió bombardeos específicamente contra zonas residenciales carentes de objetivos militares. Ordenó que se hiciera fuego contra aviones de rescate de pilotos caídos al mar y contra submarinos que recogían náufragos. ¿Qué incentivo psicológico movía a Churchill? Se supone que temía que Alemania destruyera al Imperio Británico, aun cuando no había ningún síntoma de que corriera ese peligro. En sus extensas "Memorias" no es muy claro al respecto. Especifica que estaba dispuesto a luchar en Europa, en las Islas británicas o desde el Canadá y Estados Unidos. En un pasaje recuerda que en 1932 Hitler gestionó una entrevista con él, mediante su agente diplomático Hanfstaengl. (En ese año Hitler todavía no tenía el poder). Churchill refiere que le preguntó al representante de Hitler: "¿Por qué el jefe de ustedes se muestra tan violento contra los judíos?"... Y al parecer esa fue la explicación de que se rehusara a la entrevista, tanto en ese año como en los posteriores.

¿Había en el ánimo de Churchill alguna peculiar herencia de genes?

El periódico estadounidense "Common Sense" publicó que Churchill era nieto de judía.

El rey Eduardo VIII no percibía en Hitler ningún peligro para el Imperio Británico (1936), pero se vio envuelto en un escándalo social y abdicó. Entonces se impuso la corriente política de Churchill, que decía luchar por la supervivencia del Imperio Británico. Sin embargo, al terminar la guerra empezó a ser pulverizado el Imperio, según la estrategia rooseveltiana continuada por Truman y Eisenhower.

La victoria británica se celebró perdiendo todas sus colonias en África, el Cercano Oriente, la India y Asia. Churchill vivió para verlo, ganó un premio Nobel de literatura, volvió a ser primer ministro de Inglaterra (1951-55), a diez años de terminada la guerra, y jamás explicó o lamentó que su empeño de defender el Imperio Británico hubiera desembocado en todo lo contrario. ¡Misterio psicológico!... ¿O misterio político?... ¿Acaso lo único que buscaba en el fondo de su alma era la derrota de Alemania, fuera al precio que fuera?

Churchill, inteligente y culto, parecía poseído de un odio patológico.

Al terminar la guerra fue a territorio alemán para darse el gusto de orinar allí e invitó a sus acompañantes a que lo hicieran también.

EL CONSENTIDO ENTRE José David Nijeradse Chizdov
"LOS CUATRO GRANDES" Djugashvili (alias "Stalin"), fue el
"consentido" de Churchill y de Roosevelt. Churchill se había definido teóricamente como antimarxista, pero en la práctica encontró muy explicables los cincuenta mil asesinatos realizados por Stalin en 1936-1937; cuando Stalin ocupó la mitad de Polonia, Churchill no protestó; cuando ahogó en sangre a Estonia, Letonia y Lituania, Churchill encontró muy interesante que eso se realizara rápidamente, síntoma de "la gran movilidad del Ejército Rojo". Cuando Stalin mató a 15,000 prisioneros polacos (con Polonia aliada de Inglaterra), Churchill dijo que no cabían protestas porque los muertos ya no resucitarían.

Por su parte, Roosevelt coincidió con Churchill en todo lo anterior, declaró a Estados Unidos "arsenal de las democracias", en el entendido de que la dictadura de Stalin era "democracia". Asimismo instituyó el sistema de "Préstamos y Arriendos" para favorecer a Stalin, y al final de cuentas todo lo prestado quedó en obsequio, lo mismo que todo lo arrendado.

Pero aún hubo más: a Stalin no se le pidió ninguna garantía para la libertad de sus vecinos. Por el contrario, se le permitió que dominara Polonia, la mitad de Alemania, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y Hungría. Y tiempo después los herederos de la política rooseveltiana (Truman, Eisenhower, Johnson y Carter), permitieron que la URSS comunizara a más de diez países de África, y también a Norcorea, Norvietnam, Sudvietnam, Camboya, Laos, Cuba, Nicaragua, etc. Y por supuesto, que exportara su doctrina marxista leninista a todo el mundo, incluso a las universidades estadounidenses y a las de Iberoamérica.

El "tío Joe", como solía llamar Roosevelt a Stalin, fue el consentimiento en la guerra y en la posguerra. Stalin se dejó querer y fue el que logró el más grande botín de la contienda, incluyendo fábricas, tecnología y expertos de Alemania.

Psicológicamente hablando, Stalin tuvo notables aciertos al juzgar a sus enemigos y a sus aliados. Supo ser implacable con los primeros y aprovechado con los segundos. Sin embargo, tuvo un error fatal con Krushev —“el carnicero de Ucrania”— , bajo cuya burlona actitud murió con ojos de sorpresa y espanto. Su “tacto psicológico” jamás percibió que su discípulo podía llegar a traicionarlo.

¿ROOSEVELT FUE EL ÚNICO En los diez personajes antes QUE SIEMPRE ACERTÓ? citados se ve claramente que incurrieron en graves errores de juicio que —como estadistas o estrategos— les frustraron parcial o totalmente las metas de su lucha.

En cambio, el caso de Roosevelt es distinto. La ubicación geográfica de Estados Unidos le permitió conducir una guerra sin que cayera una sola bomba en su territorio. La enorme riqueza del país le permitió subvencionar largamente a su amigo Stalin. Su maquinaria electoral le permitió reelegirse una y otra y otra vez, pese a haber burlado al pueblo con la promesa de no llevarlo a la guerra. Su cálculo —más helado que témpano polar— le permitió sacrificar a 3,303 norteamericanos en Pearl Harbor, con tal de forjar su imagen de pacifista agredido.

Roosevelt simplificó el juego de las potencias mundiales desbaratando a los imperios holandés, belga, francés y británico. Todo indica que esto figuraba conscientemente en sus planes. Antes de empezar la guerra desarraigó de México a las empresas petroleras de Holanda e Inglaterra. Este primer síntoma de su política se repitió —con Roosevelt y sus herederos— hasta que Estados Unidos quedó muy por encima de todas las potencias mundiales.

El lector podrá preguntarse: ¿Y por qué falló con la URSS, que salió de la guerra como potencia que le disputaba a Estados Unidos el dominio del mundo?... Bien analizada la situación, Roosevelt estaba de acuerdo en que así ocurrieran las cosas. Le facilitó a la URSS la moderna tecnología militar, incluso la bomba atómica y los primeros pasos en el espacio exterior.

Lo que no alcanzó Roosevelt a hacer, al morir en 1945, lo completaron sus seguidores, según lo ya programado.

¿Podía querer Roosevelt que la URSS fuera una potencia mundial

que se emparejara a Norteamérica?... Así lo indica todo. Si la Casa Blanca y Wall Street eran la cabeza de la Revolución gradual y pacífica, el Kremlin venía a ser la cabeza de la Revolución violenta y radical, si esto llegare a ser necesario.

Así pues, dos versiones del mismo movimiento. Nada mejor que la Casa Blanca para ser sede de la Revolución gradual (o liberal). Nada mejor que el Kremlin para ser la sede de la Revolución violenta. ⁽²⁾

Washington dejó vía libre al Kremlin para ensayar en el mundo las ventajas y desventajas de la revolución violenta. Ya la sinergia de la acción, con el transcurso de algunos años, demostraría cual de las dos estrategias resultaba ser la mejor. Y en ese momento se despejaría la incógnita, se simplificaría el panorama y en caso dado se efectuaría la "convergencia" de las dos ramas en una sola.

Si ahora pudiera interrogarse a los diez personajes que participaron eminentemente en la guerra, por parte de los aliados, ninguno podría decir que había logrado los objetivos que se plantearon, con excepción de Roosevelt. Sólo él podría decir que su objetivo de salvar a la URSS, de elevarla como gran potencia y de darle la oportunidad de ensayar mundialmente su sistema, sí lo había logrado. Y quizá previó, visionariamente, que la URSS no podría mantener su táctica violenta y que acabaría por fusionarse con la línea gradual de Washington y Wall Street.

Como URSS o como CEI (Comunidad de Estados Independientes), el Kremlin sigue gozando de la fraternal ayuda que siempre ha recibido de la Casa Blanca, desde Wilson en 1918 hasta Bush en la actualidad.

No cabe duda de que Roosevelt pudo sopesar mejor la psicología de aliados y adversarios y realizar una política de muy largo alcance, muy anterior y posterior a la guerra mundial.

En la frustración o en el triunfo de un estadista, o de un estratega, se halla un error o un acierto del tacto psicológico.

Capítulo II

Tacto Psicológico que Movi6 a dos Pueblos

ANTES DE SU DERROTA YA
CAMBIADO EL FUTURO

La Historia puede señalar lacónicamente que Hitler y Mussolini fueron vencidos; que nada de su esfuerzo les sobrevivió y que fueron dos grandes e infecundas frustraciones.

Empero, mucho antes de su derrota ya habían jugado un papel decisivo para Europa y el mundo entero. Dejaron marcas invisibles, pero actuantes para innumerables generaciones.

Sin Mussolini, sin su Marcha de 1922 sobre Roma, todas las probabilidades señalan que el marxismo se habría apoderado de Italia. La monarquía carecía de fuerza y no existía ningún movimiento que se opusiera eficazmente a las grandes ilusiones despertadas por la opción comunista.

Sin Hitler, lo más probable es que el partido comunista alemán (más numeroso que el de la misma URSS), con el apoyo del grupo de militares del general Schleicher, se hubiera apoderado del país, incluso por la fuerza.

Comunizadas Italia y Alemania, el marxismo se habría enseñoreado fácilmente de España y brincado a Portugal. En Francia ya había un buen campo de cultivo con el Frente Popular. El sueño de Lenin se habría realizado: desde Francia y España en Europa, hasta Vladivostok en Asia. Todo un potencial humano y técnico, dotado a la vez de expansiva y fascinante ideología.

Occidente (o sea Inglaterra y Estados Unidos) ¿se habría inclinado entonces por la opción de la Revolución violenta...? Cuando menos, puede considerarse probable. Roosevelt estaba psicológicamente en esa vía, como lo demostró claramente su política hacia la URSS, y de igual inclinación era su grupo, desde Truman y Eisenhower hasta Carter.

De esa manera el comunismo no se hubiera detenido en Cuba y

(2) Según el Dr. Laughlin, del Instituto Carnegie, Roosevelt descendía de sefarditas que emigraron de España a Holanda en 1620, y de Holanda a EE. UU. en 1650. Emil Ludwig y otros historiadores coinciden con esto.